

Borges, el judío blanco

Ningún oprobio, ninguna calamidad,
ningún dictador podrá empobrecernos.

Borges: *El tiempo circular*

Es fácil intuir que en este número especial dedicado a Jorge Luis Borges se dibujarán todos sus rostros, aunque ni el mismo autor de *Ficciones* podría asegurar cuál es el auténtico o si el auténtico realmente existe. En su prolija y pródiga cosmogonía, Borges se vistió de criollo, de anglosajón, de sueco, de whitmaniano, de cervantino, de cabalista, de compadrito, de todo lo conjeturalmente imaginable que un rostro tan polifacético como el suyo podía mostrar. Por eso he elegido para estas reflexiones su rostro de judío blanco (de *weisse Jude*), uno de los tantos posibles y quizás uno de los más queridos por él.

En sus incanjeables textos los judíos constituyen tema sustancial y variopinto de sus búsquedas y de la primera a la última página —tanto de su prosa como de sus versos— Borges no dejó nunca de asumir dicha opción con la tenacidad y el júbilo de un enamorado. Alguna vez —ya en 1934— expresaría que su sueño más acariciado sería descubrir sangre judía en su sistema arterial. Por eso se consideraba —como sucede con el mismo Ernesto Sábato— judío honorario, judío *honoris causa*. Cuando en Buenos Aires comenzaban a pergeñarse las primeras manifestaciones antisemitas posteriores al golpe de Estado del general Uriburu, dijo aquellas valientes palabras que aún hoy tienen plena vigencia: «Hay quienes ven en el judío un problema. Yo, en cambio, veo en él una solución». Cuando la revista antisemita *Crisol* denunció su «ascendencia judía maliciosamente ocultada», Borges respondió: «¿Quién no jugó a los antepasados alguna vez, a las prehistorias de su carne y de su sangre? Yo lo hago muchas veces, y muchas no me disgustó pensarme judío». En uno de sus poemas «israelíes» (dedicados al Estado de Israel), escribe: «¿Quién me dirá si estás en el perdido/ Laberinto de ríos seculares/ De mi sangre, Israel?».

En cuanto reportaje se le propinaba, Borges insistía: «Estudié alemán gracias al judío Heine, fui el primero en traducir a los expresionistas alemanes entre los que la mayoría eran judíos, leer el *Golem* de Gustav Meyrinck me llevó a mi encuentro con Gershom Scholem y con la Cábala, fui amigo personal de Alberto Gerchunof y de Cansinos-Asséns, hablé sobre Martín Buber y canté a Baruj Spinoza y siempre

he pensado que todos —quien más y quien menos— somos griegos y judíos». Y cuando el periodista lo permitía regresaba a esa definición de judío que tan humorísticamente había brotado de su ingenio único: «¿Qué es un judío? Un judío puede ser alto, bajo, ñato, narigón, pelirrojo, morocho, simpático, antipático, pecoso, sin pecas, de orejas grandes, de orejas chicas: lo único que lo singulariza es que no sabe hebreo».

Hace pocos días he regresado de Berlín, de esa intensa metrópolis donde se da cita lo más dinámico y creativo de la cultura europea actual. Las razones de mi viaje fueron, esencialmente, dos exposiciones: la que daba testimonio de la vida judía universal (*Jüdische Lebenswelten*) y la que hacía lo mismo con los protagonistas del «arte degenerado» (*Entartete Kunst*), es decir, con aquellos artistas judíos y no judíos perseguidos por el nazismo y a los que Hitler en persona denominó justamente así: representantes del «arte degenerado». Ambas suscitaban mi profunda curiosidad y, debo decirlo antes de continuar con el desarrollo del tema que me ocupa, justificaron con creces aquellas expectativas, haciendo de la visita de un judío a Berlín un prolongado estremecimiento, un entrañable y dolido pentagrama de sensaciones múltiples y, por sobre todo, una posibilidad de reparación ajena orgullosamente asumida.

¿Por qué traigo al inicio de estos comentarios tales sentimientos? Porque voy a escribir sobre Borges, el judío. Quizá porque don Jorge Luis debía haber estado allí, en Berlín, y por derecho propio, por *weisser Jude*, junto a Heine y Walter Benjamin, junto a Freud y Franz Rosenzweig, junto a Peter Altenberg y Karl Kraus. Porque escribir sobre el autor de *La muerte y la brújula* es, sin excesiva violencia, hablar de Borges, el judío. No sobre lo que es común de transitar cuando se trata una temática judía: la penumbra, el exilio, la diáspora, las ausencias, la amargura (lo que alguna vez llamé «las inquisiciones de la nostalgia»). No se trata hoy de eso. No. Voy a hablar de un judío orgulloso: de Jorge Luis Borges. De un judío que antes que «el largo y misterioso éxodo de la muerte» del que nos habla Longfellow en *El cementerio judío de New Port*, nos habló, con una entonación y precisión que no vacilo en llamar maravillosas, nos habló, digo, de esa cierta insolencia, de ese cierto coraje, de esa estirpe de hombres sufridos y altivos que dieron perfil al judaísmo menos explotado literaria o periodísticamente: el del delirio lúcido, como lo habría dicho Emmanuel Kant si hubiera podido estar hoy junto a Moses Mendelssohn. Esa estirpe que él, Borges, supo admirar y cantar minuciosamente. Porque admiró con el rostro de Baruj Spinoza, de Baal Shem, de Kafka, de Cansinos-Asséns, de Gershom Scholem. Porque cantó con «la vasta respiración de los salmos», como a él le gustaba decir. Naturalmente, no faltó en su «prolongado comercio» con el judaísmo la otra mirada: «Un hombre condenado a ser la serpiente/ que guarda un oro infame/ un hombre condenado a ser Shylock», pero esta imagen, como lo señaló repetidamente, «me interesa poco». Lo que esencialmente subyuga a nuestro Magister Ludi es «un hombre que es el Libro/ una boca que alaba desde el abismo/ la justicia del firmamento», ese judío capaz de regresar siempre de la abominación y la muerte, desde la humillación y la derrota, capaz de volver a «la violenta luz de la victoria/ hermoso como un león al mediodía». Porque

esa victoria y esa belleza están en el ejercicio porfiado de la inteligencia, en la inclenencia vencida, en el sentido último y trascendente que da el judío a la voz de los siglos: Justamente en Berlín —mientras recorría asombrado y admirado la obra de aquellos grávidos hombres de arte— recordaba «El milagro secreto», ese borgiano cuento de Borges donde es la inteligencia preñada de creatividad la que vence la obsoleta soledad de la materia: el pensamiento judío frente a la amenaza de la svástica. El personaje, Jaromir Hladík (checo-judío de habla alemana, como Kafka, como tantos) venciendo el poder absoluto de los gángsters de *La noche de cristal* con el solo reinado de su inquietante imaginaria. Escribe Edna Aisenberg: «Era un período en el que nadie como los nazis encarnaban la brutalidad y la existencia infernal, y en que nadie como los judíos —ya identificados en la mente de Borges como creadores de cultura— resumían el intelecto y la espiritualidad». El coraje de pensar en medio de las tormentas: era eso lo que Borges admiraba en los judíos. En diversos momentos de su obra surge esta certeza. Pero es justamente en este cuento donde se corporiza esa admiración incondicional. Julius Rothe, el jefe de la Gestapo, arresta al personaje y lo condena a morir ante un pelotón de fusilamiento. Hladík hace entonces lo que muchos judíos hicieron en iguales circunstancias: llama a Dios. Sólo para pedirle —quizá para exigirle— que le otorgue un año más de vida con el fin de finalizar su obra, su gran obra, la de su vida: un drama titulado *Los enemigos*. Dice el personaje en su imploración: «Si de algún modo existo, si no soy una de tus repeticiones y erratas, existo como el autor de *Los enemigos*. Para llevar a término ese drama, que puede justificarme y justificarte, requiero un año más. Otórgame esos días. Tú de Quien son los siglos y el tiempo».

Sólo así un escritor puede justificar su existencia, sólo así la vida —pese a las tropelías totalitarias— tiene un sentido. Dios hace entonces lo que muchos sabemos: ejerce su omnipotencia pero de manera sobrenatural, instala el espacio de la hechicería, de lo extraordinario, y en el momento en que los fusiles de los nazis van a disparar su descarga mortal, el universo físico se detiene. En ese instante el espacio de la mente, de la imaginación, del espejismo, de la quimera, se dilata enormemente. Los nazis fusilarán a nuestro personaje a la hora fijada, pero en el mundo interno de Hladík pasará justamente un año entre la orden de disparo y la bala asesina. La obra ha sido finalizada y la vida retoma su sentido original: el de la creación. Un judío es un «peligroso intelectual» para la Gestapo: Hladík, un triunfador de la muerte a través, justamente, de su intelecto.

Acabo, como he dicho, de regresar de Berlín: en la exposición mencionada, la del *Martin Gropius Bau*, un cartel hace alusión a dichos *weisse Juden*, alemanes de pura cepa que habían perpetrado el delito de reflexionar, de pensar en medio del horror. Borges admira tanto a los auténticos judíos como a esos «judíos honorarios», quizá porque él sueña ser uno de ellos. Porque están burilados por el arrojo. Porque custodian la muralla de Dios en la pasión de sus batallas. Porque «guardan en letras y

silabas cabales» el sentido de nuestra existencia: el Libro, el culto judío por la palabra, el Texto en el que nada, absolutamente nada, es casual.

Como en el amor. Como en esa instancia temblorosa que hace alusión a la única persona indudable. El Libro es para el judío —como bien se ha dicho— su patria portátil. Su cuerpo enamorado. Y quizá me sea permitido dejar fluir una somera asociación libre. Georges Bataille dijo alguna vez que no hay sociedades sin su parte maldita. Esto, para nosotros, los judíos, es un axioma dolorosamente comprobado en la historia de nuestro pueblo. Los judíos fuimos durante siglos —y quizás aún lo seamos, en los estratos más profundos de la conciencia colectiva, de la Europa recóndita— los malditos por antonomasia. Aquellos de los que hay que desembarazarse si no quieres que ellos se desembaracen de ti. La historia ha necesitado siempre un sacrificado, y ese sacrificio —que nunca ha revalidado la enorme sabiduría del frustrado sacrificio de Isaac— ha tenido lugar en todo momento, en un hoy es siempre todavía. No todo puede ser útil y consumido: hace falta un desperdicio. No todo puede ser moral porque es lo inmoral lo que le da sentido. No todo puede ser memorizado: hace falta el olvido, dicen el tango y Jean Baudrillard. Borges, ya lo he dicho, admiraba de la historia judía casi lo contrario y justamente eso: que la exigencia de sacrificio sólo era privilegio de Dios, que no había otro desperdicio que «derramar el semen en vano», que no había otra inmoralidad que la falta de justicia entre los hombres. Y sobre todo, que el Libro era la patria portátil de los legislados de la memoria; que el Libro es el lugar del destierro donde un pueblo encontró su redención; que «leer el libro, hablar de un libro, recordar un libro, es una aventura fabulosa» (Emir Rodríguez Monegal, hablando de Borges); que Dios condescendió a la literatura en ese Libro, la *Torah*, en que cada vocablo está justificado y cada silencio posee un sentido; que la Jerusalem Celeste se construye a través de ese Supremo Arquitecto que es el creador de la palabra; que el conato ciego de lo irracional no tiene imperio absoluto en la auténtica madera de lo inconsciente, porque al ser el inconsciente palabra (quién mejor que un *weisser Jude* para saberlo) y al ser la palabra un fenómeno transpersonal (por lo menos una estructura dialógica en el decir de Martín Buber), el inconsciente es historia. La palabra es la presencia del otro en mí, la presencia del tú en mi atribulado yo. El inconsciente deja así de ser insular para constituirse en punto de intersección de la naturaleza y la cultura. Para los judíos, que hicieron de la palabra su residencia en la tierra, que sabían mucho más visceralmente del tiempo que del espacio, el Libro era «un hacerse uno para siempre», como lo escribió ese extraordinario poeta que es Héctor Yánover. Por mucho infinito que le echemos dentro, el espacio tiene sus obscenos límites y sólo el tiempo es el depositario real de nuestra ansia de trascendencia. Y es esa sabiduría de lo temporal la que diagramó la polisemia del temblor, el fervor hecho lenguaje, su apertura a la riqueza eterna de la vida, su énfasis puesto en la interrogación, su premisa dulce y módica de que somos insuficientes y que es eso, la búsqueda de la palabra ausente, lo que nos reivindicaba en la sucesión de los años. Por eso Borges quería a los judíos. Porque lo realmente